Francisco Vigueras

Granada, 1936

Muerte de un periodista

Prólogo de Ian Gibson

Constantino Ruiz Carnero,
director de *"El Defensor de Granada"*

segunda edición

Muerte de un periodista

Francisco Vigueras

Granada 1936
Muerte de un periodista

Constantino Ruiz Carnero
1887 ~ 1936

Prólogos de
Luis G. Naranjo
Ian Gibson
Jesús Fuster Ruiz

LA VELA GRANADA
2015

coordinación editorial:
José Antonio G. Sánchez

Agradecimientos:

Jesús Fuster Ruiz
Antonio Martínez Maldonado
Hemeroteca de La Casa de los Tiros de Granada
Casa Museo de Federico García Lorca de Fuente Vaqueros
Archivo de la Real Chancillería de Granada

Primera edición, 1998
Segunda edición, 2015

© Francisco Vigueras

Editorial Comares, S.L.
Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 205
18220 Albolote (Granada
Tlf.: 958 465 382
E-mail: libreriacomares@comares.com • http://www.editorialcomares.com
https://www.facebook.com/Comares • htpps://twitter.com/comareseditor

ISBN: 978-84-9045-284-4 • Depósito legal: Gr. 561/2015

Fotocomposición, impresión y encuadernación: comares

A Jesús Fuster Ruiz,
por su lealtad a la memoria
de Constantino Ruiz Carnero

Índice general

Prólogo de Luis G. Naranjo (2.ª edición) 11
Prólogo de Ian Gibson (1.ª edición) 15

Silueta de un periodista 17
Introducción 21
Capítulo 1: De Jaén a Granada 27
Capítulo 2: En la redacción de El Defensor 41
Capítulo 3: La Granada de Ganivet 55
Capítulo 4: Director de El Defensor de Granada 71
Capítulo 5: Federico y Constantino, la gran amistad 87
Capítulo 6: Bodas de oro: El Defensor cumple 50 años 109
Capítulo 7: Siluetas de Constancio 139
Capítulo 8: El Defensor de la República 151
Capítulo 9: Bienio negro 167
Capítulo 10: La agresión 175
Capítulo 11: Constantino, alcalde 185
Capítulo 12: La crisis de marzo 195
Capítulo 13: Homenaje a El Defensor de Granada 207
Capítulo 14: Último Corpus republicano 215
Capítulo 15: Los golpistas cierran El Defensor 225
Capítulo 16: Periodista detenido 233
Capítulo 17: Morir en Granada 239
Capítulo 18: El Tribunal de Responsabilidades Políticas contra Ruiz Carnero 277
Capítulo 19: Constantino, en el recuerdo 287
Índice Onomástico 303
Hemerografía consultada 309

Documentos utilizados 311
Documentación Gráfica 313
Bibliografía consultada 317
Artículos publicados en Prensa. 319

Prólogo de Luis G. Naranjo
Historiador y ex Director General de Memoria Democrática
(2.ª edición)

Cuando el 12 de octubre de 1936 el militar rebelde Millan Astray se enfrentó a Miguel de Unamuno en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, resumió con su grito de rabia todo un programa que el fascismo español llevaba ya meses poniendo en práctica en todo el territorio conquistado. Gritó "Mueran los intelectuales traidores", entendiendo por traición lo que precisamente constituye la esencia del papel social del intelectual, esto es, la perspectiva crítica y el compromiso con el pueblo. Fue ese plan de exterminio de la razón crítica el que arrasó, como un vendaval de fuego y muerte, a los mejores y más activos representantes de la vida cultural granadina, desde figuras señeras como Federico García Lorca, el rector Salvador Vila Hernández, el ingeniero Juan José de Santa Cruz o el propio Constantino Ruiz Carnero, hasta cientos de personas anónimas o menos conocidas —maestros, periodistas, librepensadores—, pero igualmente importantes como agentes generadores de esa cultura viva que la Segunda República procuró difundir para transformar la vieja piel de toro en una nación nueva y más justa.

Francisco Vigueras singulariza y ejemplifica con rigor y amenidad todo este proceso de destrucción física de la vida cultural republicana, trazando en este libro los rasgos vitales e intelectuales de uno de sus más destacados representantes, a la vez que nos ofrece la rica trama de producción artística, científica y literaria de la Granada del primer tercio del siglo XX, con todas sus dificultades y estrecheces, pero llena a la vez de talento creativo y compromiso humano. Con

notable pericia en el uso de las fuentes de archivo y hemeroteca, el autor acierta en la difícil tarea de combinar y relacionar la vida, la obra y la muerte de Constantino Ruiz Carnero, con el devenir de la sociedad granadina a la que tanto amaba el gran periodista, creando así la base explicativa del propio destino del director de *El Defensor*, compartido amargamente por miles de intelectuales y trabajadores, a partir del 20 de julio en la ciudad de Granada.

Pero este no es sólo un libro que deba interesar a los ciudadanos y ciudadanas de la ciudad de la Alhambra. En la personalidad de Constantino Ruiz Romero se encuentran sintetizados rasgos de los miles de intelectuales y creadores que vigorizaron la cultura española de los años 30, y que tuvo su mejor expresión pública en la Agrupación al Servicio de la República, cuyo manifiesto fundacional llamaba a la movilización "a todos los españoles de oficio intelectual para que formen un copioso contingente de propagandistas y defensores de la República española". Del mismo modo, el tsunami de violencia que transformó a una ciudad viva, creadora y esperanzada en un páramo gris y culturalmente muerto, se repitió igualmente en todas las ciudades que iban quedando en la retaguardia franquista, hasta convertir a España entera en un territorio mitad cuartel y mitad cárcel. Por estas dos razones, el relato que compone Francisco Vigueras en estas páginas no sólo sirve para reivindicar la obra y el compromiso del gran periodista Constantino Ruiz Carnero, o para conocer el brillante panorama cultural granadino del periodo, sino que también ofrece a cualquier lector interesado claves explicativas generalizables al conjunto de la España republicana de lo que supuso el papel de los intelectuales, de la ebullición cultural de aquellos años y, tristemente, de cómo todo esto fue brutalmente truncado por el golpe de estado militar y la consiguiente guerra civil.

Un objetivo fundamental de la política pública de Memoria Democrática que actualmente impulsa el gobierno de la Junta de Andalucía, consiste en responder al Derecho a la Verdad que toda sociedad ostenta, en relación al conocimiento veraz de su pasado reciente y, en el caso español, de lo que supuso para la ciudadanía el largo ciclo de violencia y represión que trajo el franquismo. Este libro

contribuye de modo significativo a avanzar en este camino de alcanzar y difundir la verdad histórica. Por ello, y por los indudables méritos historiográficos que encierra, vaya desde aquí la felicitación al autor, y más allá, la enhorabuena a todos los lectores y lectoras que sin duda van a disfrutar de su contenido y a aumentar su conocimiento de ese periodo de la historia de Granada, de Andalucía y de España, que, de un modo u otro, aún sigue marcando nuestro presente.

Prólogo de Ian Gibson
(1.ª edición)

Paco Vigueras ha recuperado a Constantino Ruiz Carnero. Es un acto de justicia. He leído con inmensa satisfacción estas páginas en que por fin se le rinde el necesario homenaje al magnífico periodista y paladín de la democracia que fue el director de aquel inolvidable *El Defensor de Granada.* Paladín puesto resueltamente al lado del pueblo y de la decencia humana en momentos en que "la peor burguesía de España", en palabras de su amigo Federico García Lorca, trabajaba afanosamente por la caída de la legalidad republicana.

Paco Vigueras ha hecho un trabajo utilísimo. Reúne los hechos esenciales de la vida de "Constancio", con numerosas citas de escritos y discursos, y, dando a su narrativa un ritmo ameno y casi novelesco —el libro se lee de un tirón—, nos adentra en el quehacer de un apasionado de la prensa cotidiana que, consciente del peligro que se cierne sobre la República, dedica sus mejores esfuerzos a crear conciencia cívica entre sus lectores. Y conciencia de lo que está ocurriendo realmente en el país.

Las "siluetas" de Constancio eran leídas con fruición por los granadinos, y con serios enfados por parte de sus adversarios, en primer lugar, los militantes de la CEDA; maestro del toque satírico, Constantino sabía del poder de la risa para dar en el corazón de las vanidades (sobre ello, el nefasto "obrero amaestrado" de la coalición liderada por Gil Robles, Ramón Ruiz Alonso, nos habría podido decir mucho, pero, como era de esperar, se fue a la tumba sin aclarar nada).

Se trata de un libro que será leído con fruición y tristeza por todos los granadinos amantes de la cultura, de la democracia y de la verdad.

Es difícil, al terminarlo, no reflexionar, ¡una vez más!, sobre la tragedia que se desencadenó en 1936 y que dio al traste con la que fue, sin lugar a dudas, una de las épocas más esperanzadoras de toda la historia española. Gracias al fanatismo y vesanía de los fascistas, España perdió una vez más el tren de la modernidad y del progreso. Hoy, cuando la derecha vuelve a estar en el poder, es imprescindible sacar las necesarias lecciones de los errores y de los aciertos de la experiencia republicana. Trabajos como el presente nos ayudan a hacerlo. Bienvenido sea.

Restábal (Granada)
16 de febrero de 1998

Silueta de un periodista

"Escribir sobre Constantino Ruiz Carnero, a los 62 años de su muerte, es un poco complicado. En primer lugar, porque nuestros conocimientos de su vida particular y profesional han llegado hasta nosotros a través de una transmisión oral un tanto reprimida por los motivos que muchos granadinos conocen. En segundo lugar, porque al ser familiar mío muy querido, mis opiniones, en este caso, tal vez no tengan el grado de objetividad que el análisis de la obra de cualquier autor merece. Mis reflexiones se verán influidas por el cariño y el respeto (así, con letras mayúsculas) que siempre he tenido hacia mi tío Constantino. Me limitaré, por tanto, a relatar unos hechos.

"Es difícil escribir sobre Constantino Ruiz Carnero si se quiere profundizar en su vida literaria como escritor y periodista. Su temprana muerte, con 48 años de edad, impidió que conociéramos gran parte de su obra. No porque fuera escasa, sino porque las circunstancias de su fallecimiento, los primeros días de agosto del 36 (por disparos de arma de fuego o a consecuencia de heridas producidas por hecho de guerra, como se llamó en su día a casos similares), no dejaron lugar a comentarios u opiniones sobre sus publicaciones o artículos que, desde muy joven, venía editando en diversos periódicos y revistas, durante el primer tercio de este siglo. Periodista desde los 13 años, desde los 14, desde los 15, Constantino ama la vida de las redacciones (*Libro de Granada*, escrito con Mora Guarnido, p. 11). Y empiezan a aparecer colaboraciones suyas en *Juventud Granadina* (1904). *Crónicas desde Baza* (1905), cuando sólo cuenta 16 años de edad. Desde 1905, ya vemos también sus artículos en

El Noticiero Granadino y en *Diario Murciano*. Que si bien tienen un cierto aire infantil, con reminiscencias de antiguos trabajos escolares de redacción y un color decimonónico, propio de su primera educación tal vez, o de su extrema juventud, no dejan de probar su gran facilidad para el oficio de la pluma, sus dotes de observación para cuanto le rodea y sus amplios conocimientos en el manejo de la palabra. En el trasfondo de sus escritos, ya empieza a notarse una gran preocupación por los problemas sociales, circunstancia que se va manifestando más abierta y evidente en el transcurso de unos pocos años, hasta desembocar en una apuesta leal y comprometida como amante fiel de la justicia, la paz y la libertad. Ruiz Carnero escribió críticas de libros y de arte. Impresiones sobre la vida local y nacional. Comentarios políticos y reflexiones sobre la marcha de acontecimientos relevantes. Apuntes del día, glosando diversos sucesos de todo tipo y sus inimitables y magníficas "Siluetas", amables y joviales unas veces, y otras burlonas o mordaces. Pero siempre amenas y expresivas, llenas de un cierto sentido humanístico.

"En colaboración con Julio Baldomero estrenó *Esas mujeres* (1908), un juguete cómico, en un sólo acto y en prosa. Y *El país de Babia* (1910), una humorada lírica, en un acto y tres cuadros, con música del maestro José Montero. En unión de José Mora Guarnido publicó *El libro de Granada* (Los hombres) (1915), una colección de retratos literarios de personajes granadinos de la época. Sólo le conocemos estas tres obras en colaboración. En 1922 publica ya en solitario *La hoguera*, una novela de denuncia social que recoge, con admirable crudeza y realidad, el entramado de la lucha del oprimido por defender su dignidad. En 1929 aparece *Una mujer en la sombra*. Novela periodística, como él mismo la llama. Y por último, anotamos la edición de sus admirables *Siluetas del día* (1931), una selección de los artículos que bajo este nombre empezó a publicar en *El Defensor de Granada* por el año 1924, cuando fue nombrado director, y que un grupo de amigos le ofreció trasladadas del periódico al libro como afectuoso homenaje.

"La Silueta del día es una corta reseña de un tema actual, que Constantino, bajo el seudónimo de Constancio, sabía comentar con la elegancia de su fácil pluma, no exenta en ocasiones de una fina ironía o una demoledora crítica. *El Noticiero Granadino*, *El Diario Murciano*, *El Liberal*

(Madrid y Sevilla), *El Porvenir* (Linares), *Andalucía Moderna* (Sevilla), *El Heraldo de Granada*, las revistas *Gente Nueva*, *La Batalla*, *Letras, Granada Gráfica* y *Reflejos*, recogieron centenares de sus escritos, hasta llegar a *El Defensor de Granada*, del que fue nombrado director en mayo de 1924 y donde terminó su vida profesional y humana en 1936, en compañía de casi todo lo que tuvo relación con el periódico de la calle San Matías 30. Mención especial merecen algunos de sus escritos, que bajo el título genérico de "Apuntes del día" fueron publicados en el periódico *El Heraldo de Granada,* entre los años 1909-1913. Como su nombre indica, son comentarios breves, trazados con la pluma ligera del periodista, y sus pretensiones se ajustan a un plano modesto.

"Así era Constantino en el juicio de sus propias obras. Pero yo quisiera añadir, después de leerlos varias veces, aun cuando nuestro criterio parezca exento de objetividad, cómo muchos de estos apuntes, que fueron actualidad hace más de 80 años, también pudieran serlo hoy. Acaso parezcan un poco rancios, añejos, fuera de lugar. No en balde han pasado por ellos más de tres cuartos de siglo, que no es poco tiempo para un artículo periodístico que casi nace y muere en el día. Por eso, nos hemos de situar en el momento en que fueron escritos y los motivos que los hicieron nacer, para comprender que lo que llamamos actualidad se puede repetir con el paso de los tiempos. Cambian los signos, cambian las modas, pero todas las mañanas nos tropezamos con idénticas cuestiones, pendientes de resolver. El paro, las migraciones, la carrera de armamentos, la guerra de los Balcanes, los problemas del campo, y en cada instante el ayer y el hoy de la historia caminan juntos, y se repiten por ciclos. A veces, el presente es siempre el mismo. No cambia con la llegada del mañana. Porque el futuro no es más que un hoy que se repite cada día, formando en el mañana un nuevo presente. Sólo en nosotros está hacer lo posible para cambiar las horas bajas. Constantino Ruiz Carnero: Vaya esta modesta introducción como un humilde homenaje a tu memoria."

JESÚS FUSTER RUIZ
Sobrino de Constantino Ruiz Carnero, fallecido en 2007

Introducción

La segunda edición de este libro no podía llegar en mejor momento. En pleno proceso de recuperación de la Memoria Histórica, que está permitiendo abrir algunos archivos y catalogar documentos de la guerra civil y la dictadura. En 1998, cuando publiqué la primera edición, estaban descatalogados y eran inaccesibles. En uno de esos archivos, el de la Real Chancillería, he encontrado, nada menos, que el expediente abierto por el Tribunal de Responsabilidades Políticas contra Constantino Ruiz Carnero, director de *El Defensor de Granada* de 1924 a 1936. He tenido la oportunidad de leer los autos, diligencias, providencias y sentencias de unos jueces que deshonraron la toga cuando se pusieron al servicio del régimen franquista y quebrantaron las normas más elementales del Estado de Derecho. Magistrados que aceptaron representar una farsa judicial, aplicando con carácter retroactivo la Ley de Responsabilidades Políticas del 9 de febrero de 1939, contra alguien que había sido asesinado años antes y que ni siquiera podía defenderse. Jueces que convirtieron la libertad de expresión y el derecho a la información en actos delictivos, sancionados con "pérdida total de bienes". Que consideraban como "agravante" el hecho de que Ruiz Carnero hubiera sido director de El Defensor de Granada, diario que influyó en la opinión pública para lograr el voto mayoritario y favorable a la instauración de la República. Jueces que admitían como cargos contra el inculpado el simple hecho de haber sido concejal y alcalde por Izquierda Republicana o de pertenecer a la masonería. Nunca investigaron la muerte y desaparición del periodis-

ta. Al contrario, molestaron a sus dos hermanas, María Luisa y Paulina Ruiz Carnero, sin mostrar la menor compasión por el dolor familiar.

Sin embargo, sorprende el celo que puso el poder judicial para buscar en organismos oficiales y entidades bancarias alguna cuenta corriente a nombre de Constantino Ruiz Carnero, con intención de embargarla para cobrar la sanción. Y todo ello, a pesar de los informes de la Policía y la Guardia Civil que habían declarado insolvente al inculpado. La Comisión Liquidadora archivó finalmente las diligencias de embargo en 1958, al comprobar la insolvencia de Constantino, que sólo disponía de 7,85 pesetas en una cuenta de la Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Granada. El autor de este libro tenía entonces cuatro años.

Constantino Ruiz Carnero es hoy un personaje conocido por los granadinos y, lo más importante, reconocido por los estudiantes de periodismo y por sus compañeros de profesión. Desde que descubrí a este insigne periodista en la década de los ochenta del pasado siglo, Ruiz Carnero ha pasado de tener una discreta calle en el popular barrio del Zaidín, a ser recordado con un monumento en el centro de la ciudad y un premio a la Libertad de Expresión que lleva su nombre, promovido por la Asociación de la Prensa de Granada. Pero el momento más emotivo que me ha dado la figura de Ruiz Carnero fue el que compartí con su sobrino, Jesús Fuster Ruiz, el día que visitamos el solar de la calle San Matías, donde estuvo la última sede de El Defensor de Granada, cerrada violentamente por los militares golpistas el 20 de julio de 1936. Aquella visita fue un viaje en el tiempo. Jesús Fuster logró que imaginara cómo era la redacción de El Defensor, la sala de teléfonos y teletipos, el taller con la máquina Minerva y otras llamadas "planas", en las que se imprimía el legendario periódico, y el despacho donde Constantino escribía sus célebres Siluetas, que hicieron de él un maestro de la ironía. Entonces comprendí la pérdida irreparable que habíamos sufrido los granadinos, que seguimos huérfanos del gran diario republicano que apostó por la modernización y el progreso de Granada. A la hora de escribir, siempre tendré presente el legado ético de Constantino que se resume en el siguiente epitafio: "La pluma debe servir para algo más útil que trazar bellas

notas de color o emborronar cuartillas, ha de formar el alma del pueblo". Nuestro querido Constancio, así se le conocía popularmente, hizo siempre un periodismo comprometido con la igualdad, la justicia social y la libertad. Capaz de abrir las mentes de los granadinos e impulsar un pensamiento crítico, como cimiento de la nueva sociedad que vendría con la República. Pero no se limitó a ejercer de periodista, adquirió también un compromiso político que le llevó a ser alcalde interino de la ciudad. Una crónica de El Defensor de Granada recogió el solemne acto en el Ayuntamiento: "El salón de sesiones estaba abarrotado de público que vitoreaba a la República y daba mueras al fascismo. El primer teniente de alcalde, Constantino Ruiz Carnero, que actuó de presidente interino, entró poco después en el salón de Cabildos, acompañado de los ediles. El público le hizo un entusiasta recibimiento". Y como alcalde en tiempos de crisis y convulsión, Ruiz Carnero pronunció un discurso histórico que todavía se recuerda en Granada:

> *"Señores concejales, pueblo granadino: sin más autoridad que la de ocupar interinamente este cargo, yo quiero dirigir un saludo emocionado a Granada… Ha quedado restablecida la legalidad republicana con el triunfo del pueblo… En este momento, yo no quiero pronunciar más que palabras de paz y de orden. Yo recomiendo mucho orden y serenidad. En este momento solemne, decimos a la ciudad que aquí estamos para defender sus intereses, para ocuparnos de sus problemas y para procurar su engrandecimiento".*

A través de este discurso, intuimos que ya existe un movimiento conspirativo contra la joven República que ni siquiera ha cumplido cinco años. La llamada de Constantino al orden y a la serenidad hace pensar que el periodista y alcalde está informado sobre el malestar de los militares y es consciente de que hay ruido de sables en los cuarteles. Sabe que cualquier manifestación popular, por muy legítima que sea, puede ser utilizada por los conspiradores para acusar a la República de caos y desorden, y asestar un golpe letal al régimen salido de las urnas. Y no le falta la razón, porque apenas cinco meses después de aquel memorable discurso, los militares golpistas traicionan su juramento de lealtad al orden constitucional y deshonran

el uniforme, imponiendo un estado de terror que ensangrentó las calles de la ciudad. Curiosamente, la primera acción de los rebeldes, el 20 de julio de 1936, es cerrar El Defensor de Granada, el diario que, bajo la dirección de Ruiz Carnero, había defendido los valores democráticos de la República. Una semana más tarde, detienen a su director que es internado en la Prisión Provincial, convertida en un campo de concentración y exterminio, al igual que la Plaza de Toros. La cárcel llega a ser un corredor de la muerte para más de 2.000 presos políticos que esperan su trágico destino en duras condiciones de humillación y hacinamiento. En su desesperación, algunos sacan fuerzas para escribir la última carta de despedida a su esposa e hijos. En el caso de Constantino, un permiso carcelario, concedido a la familia a última hora, nos permite saber que el 6 de agosto de 1936 aún vivía. Este importante documento ha llegado a nosotros gracias a su sobrino Jesús Fuster Ruiz, ya fallecido.

Jesús Fuster ha hecho en *Silueta de un periodista* una emotiva aproximación a la vida y obra de Ruiz Carnero, que luchó por una Granada más justa, solidaria y tolerante de la única forma que sabe hacerlo un periodista: escribiendo, denunciando arbitrariedades y abusos, cambiando la mentalidad de los granadinos… En ese sentido, se parecía mucho a Federico García Lorca, llegando a ser ambos, poeta y periodista, íntimos amigos. Y como hombre de cultura que luchaba con la palabra y defendía sus ideales con la letra impresa, también tenía íntimos enemigos. Quizá los más peligrosos. Los que no sabían escribir y respondían a la palabra con puñetazos y con balas. Enemigos como el dirigente derechista Francisco Rodríguez, que allanó su domicilio de la Acera del Darro, para golpearlo en su propia casa e insultar a su familia. Y más peligroso todavía: Ramón Ruiz Alonso, implicado también en la detención de Federico. Cabecilla destacado de la trama civil que apoyó a los rebeldes, Ruiz Alonso fue blanco predilecto de las críticas realizadas por El Defensor durante los meses previos al golpe militar. El dirigente de la CEDA nunca perdonó a Constantino la ironía de sus comentarios periodísticos.

Por este motivo, fue uno de los 12.500 granadinos que —como Federico García Lorca— perdieron la vida, víctimas de la violencia

desatada por los fascistas en el verano del 36, envalentonados por la sublevación militar contra la República. La muerte del periodista fue especialmente trágica. Estando en prisión, un guardia le dio un culatazo en la cabeza que le destrozó las gafas. Numerosas púas de vidrio se le clavaron en los ojos y estuvo agonizando durante horas, porque sus carceleros le negaron la asistencia de un médico. Cuando lo llevaron al cementerio para fusilarlo, no pudieron hacerlo, pues ya había muerto. El culatazo que le dieron en las gafas fue, sin duda, una agresión premeditada y simbólica, porque Ruiz Carnero había visto y contado demasiadas cosas. Había sido un observador crítico y un articulista implacable con terratenientes y caciques a lo largo de más de treinta años de profesión.

Ahora sabemos que es asesinado en la madrugada del 8 de agosto, después de despedirse de su familia, que lo había visitado en la cárcel. Aquel mes de agosto es el más sanguinario de la represión, con 528 personas fusiladas en la tapia. El periodista Ruiz Carnero es uno de los 3.968 republicanos ejecutados en aquel muro del terror a lo largo de 20 años, de 1936 a 1956. Allí pierden la vida trabajadores y sindicalistas, profesores de Universidad y maestros de escuela, abogados y periodistas… La flor y nata de la sociedad granadina de entonces. En la tapia son acribillados diez concejales y cinco alcaldes, entre los que está Manuel Fernández-Montesinos. Tampoco podemos olvidar a Virgilio Castilla, presidente de la Diputación, al ingeniero Juan José de Santa Cruz o al pediatra Rafael García Duarte. Allí es también fusilado mi tío-abuelo, Juan Bautista Roldán Manzano, militante de la CNT, que dejó una herida profunda en mi familia materna. Todavía recuerdo la impresión que me causó ver su nombre en la lista de fusilados del 29 de agosto de 1936, junto a 40 compañeros más. Todos ellos, arrojados a fosas comunes, que fueron profanadas por la dictadura y sepultadas bajo bloques de nichos para impedir la recuperación de sus restos.

Setenta y nueve años después, sólo nos queda la tapia, declarada por la Junta de Andalucía como Lugar de Memoria y señalizada con una placa oficial, donde familiares y asociaciones de memoria histórica hacemos todos los años una ofrenda floral. Las generaciones

venideras deben saber lo que ocurrió en aquella tapia, para que no se repita nunca más. Sólo haciendo justicia será posible la reconciliación.

Debemos recordar que los fascistas granadinos nunca tuvieron su Nüremberg. Nunca hubo un tribunal que juzgara sus crímenes de guerra, que quedaron impunes. Los asesinos vivieron, se enriquecieron y murieron de ancianos, después de cometer la atroz matanza, sin más juicio que el de su propia conciencia —ellos, que eran hombres sin conciencia—; y sus víctimas permanecieron demasiado tiempo en el olvido. Es el caso de Constantino Ruiz Carnero, que ahora ve rescatada su labor periodística y literaria para conocimiento de las generaciones que no vivieron aquella pesadilla, pero que tampoco deben olvidarla. En estas páginas, alterno los datos biográficos con una selección de artículos (o fragmentos de artículo) más brillantes de Constantino. He recogido los comentarios periodísticos en el contexto en el que fueron escritos, para comprender por qué llegaron a ser la causa de su muerte. Este libro pretende ser el homenaje de un periodista a otro periodista que estuvo comprometido con la verdad y fue valiente para contarla. Por eso lo mataron.

La Guerra Civil, que truncó tantas cosas, acabó también con la vida de Constantino Ruiz Carnero, el brillante director del periódico "El Defensor de Granada". Quizás lo que llevó a la muerte a Ruiz Carnero fue un modo de entender el periodismo, una manera de informar, que hoy se enseña con absoluta normalidad en las Facultades. Con él, a culatazos, murió uno de los diarios más prestigiosos de la España de su tiempo, "El Defensor de Granada".

La que hoy publica la Editorial Comares es la vida y obra de un periodista que fue un ejemplo de honestidad y compromiso con su profesión.

LA VELA GRANADA

ISBN 978-84-9045-284-4

9 788490 452844